

# Comunicación y Sociedad





# Pensar la sociedad desde la comunicación

To think the society from the communication

**Jesús Martín-Barbero\***

Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia

Durante los años del despegue –inicios de los setenta a mediados de los noventa– la investigación latinoamericana en comunicación tuvo en la indagación de la trama social de los dispositivos comunicacionales el modo primordial de acceso a la comprensión de su sentido como enclave de dominación o emancipación. Pero, en su capacidad de convertir las ideas en recetas, la academia se apropió de esa cuestión mediante una trampa: la de sustituir la ausencia de referentes en lo real por densos entramados textuales. Y no aludo únicamente al pansemioticismo del “todo es signo” o “todo es texto”, sino también a las marxistoides generalizaciones que nos ahorran el análisis de los contextos nacionales y de los muy diversos tipos de procesos, de medios y de prácticas comunicativas, de modo que la escolástica marxista, en la que se agazapaban dogmatismos e inercias ideológicas, acabó haciendo de una cuestión estratégica una mera y hueca jerga académica. La salida de aquella trampa unidimensionalizante y totalizadora nos ha exigido ponernos a la escucha de las situaciones y los contextos nacionales o locales, haciéndonos sensibles a la cotidianidad de los mundos de vida, a las mediaciones y a las diferencias socioculturales. Pero esa revaloración de las referencias por sobre las inferencias generalizadoras y paralizantes desemboca en una experiencia de heterogeneidad de lo social que hoy amenaza con instalarnos una peligrosa fragmentación: atravesada por las innumerables grietas que el reconocimiento de la diversidad abre en nuestras sociedades, hasta hace poco pensadas de manera fuertemente monoteísta; un nuevo tipo de brecha en la que el lazo social se nos deshace en cuanto trama articuladora de discursos y prácticas. Estamos, otra vez, necesitados de retomar las “cuestiones de fondo”, y preguntarnos de nuevo por el sentido de las relaciones comunicación-sociedad. Pues lo que ahí está en juego no es ya solo un problema de coherencia teórica o de pertinencia metodológica, sino de validez histórica: ¿qué

\* jemartin@cable.net.co

concepciones de lo social y qué modelos de comunicación nos permiten insertar hoy la investigación en los procesos de transformación de la vida política y cultural de nuestros países?

La respuesta a esa pregunta es hoy bastante más oscura y compleja, ya que ahora no contamos con las seguridades que, en los tiempos del despegue, nos ofrecían los paradigmas totalizadores del funcionalismo, el marxismo o el estructuralismo. Ni las figuras de lo social ni los modelos de comunicación se dejan pensar hoy tan unificadamente. Del estallido de esa unidad, que es a la vez teórico y político, habla el debate sobre la pertinencia y el sentido de la teoría de la comunicación en un mundo en el que la globalización “reconvierte” sus medios y procesos industrial y mercadológicamente. Al mismo tiempo que entra con fiebre en la carrera de las innovaciones tecnológicas. Pues la euforia tecnológica está conduciendo a un profundo malestar intelectual: mientras en los medios la función comunicativa es relegada a dimensión residual de las opciones económico-industriales, es la sociedad toda la que pasa a ser pensada como sociedad de la información. Y entonces: ¿cómo pensar una especificidad de lo comunicativo que no desemboque en determinismo tecnológico y legitimación de la apabullante concentración del poder mediático? Ese es el propósito de este texto en el que reescribo algunos apartes de una reflexión que vengo actualizando periódicamente desde hace veinte años.

### 1. ¿Teoría social *versus* teoría de la comunicación?

Para trazar el mapa del debate nos remitiremos a dos tiempos: el primero, de su apertura por sociólogos de Leicester y de Madrid a fines de los años ochenta, y el segundo, en el que, ya entrados los noventa, emerge el paso de la idea de una sociedad posindustrial –el que esa denominación provenga de autores tan distantes ideológicamente como A. Touraine y D. Bell la convierte en altamente significativa– a la de sociedad de la información.

Empezaremos entonces por la posición más radical, que es la de los investigadores de Leicester, Graham Murdock y Peter Golding (1981, pp. 22-58), negándole la más mínima pertinencia a una teoría de la comunicación<sup>1</sup>, ya que en la pretendida necesidad de esa teoría no habría sino una amalgama de prenociones, ingenuidad empírica y, sobre todo, un accidente puramente verbal: la elasticidad semántica de la palabra que,

1. En ese volumen interesan también los textos de Ph. Elliot y Stuart Hall. Los Cuadernos del Ticom han publicado últimamente de G. Murdock y P. Golding: *Ideología y medios masivos: la cuestión de la determinación* (1985a), que contiene también el texto: Teorías de comunicación y teorías de la sociedad. Véase también de G. Murdock, *Las transmisiones y la diversidad cultural* (1983). Sobre el debate teórico que sirve de fondo a las posiciones de los Leicester y la renovación del marxismo, véase Anderson (1985).

al permitir a la idea de comunicación hacerse presente en muy diversos campos, ha llevado a pensar en la existencia de un campo común. Campo cubierto por dos figuras: la de una teoría general de la comunicación o la de una teoría restringida a las comunicaciones masivas. La primera sería doblemente peligrosa, pues no solo segrega de la teoría social los procesos de comunicación haciéndolos objeto de una teoría autónoma sino que, al identificar las relaciones humanas con su componente comunicativo, esto es, al leer las relaciones sociales en puros términos de comunicación, “se evacúan del análisis los problemas del poder y la desigualdad en las relaciones estructurales sin las cuales la teoría social se vuelve estéril” (Murdock y Golding: 1985b). La teoría restringida, la que cubre únicamente el campo de la comunicación masiva, no puede llamarse seriamente teoría, puesto que lo único que ha producido hasta ahora son modelos de diagramas para relacionar entre sí los mundos del emisor, el mensaje, y del receptor, diagramas cada vez más sofisticados, pero que no podrán nunca ser tenidos por teoría, y menos cuando la complejidad del modelo se logra a base de hacer pasar por interdisciplinariedad lo que no es más que eclecticismo, otorgándole al objeto de estudio –los medios masivos– una centralidad social y una significación teórica que responden más a requerimientos de la departamentalización académica que a demandas de la realidad social.

Análisis aparte les merece a Murdock y Golding la propuesta que ofrecen los estudios culturales, adelantada en forma pionera en los trabajos de Raymond Williams y Stuart Hall. Al situar explícitamente los medios “en el contexto de la cultura como totalidad”, esa propuesta reorienta la cuestión de la comunicación masiva hacia “la recuperación de los yacimientos de la significación social que contienen los textos” (Murdock y Golding: 1985b, p. 88). Serio y estimulante el cuadro teórico elaborado por los estudios culturales, adolecería, sin embargo, de insuficiencias que lo lastran profundamente. En lo que concierne a los trabajos de R. Williams (1982a; 1982b; 1980b; 1976), las críticas van dirigidas a la sobrevaloración de los textos implícita en un tipo de análisis que, al reconocer en ellos las huellas de las relaciones estructurales de producción, cree poder inferir de ahí “un análisis adecuado del conjunto de las relaciones y determinaciones sociales” (Murdock y Golding: 1985a). Esa inferencia se apoyaría en una asimetría metodológica: mientras las formas simbólicas son sometidas a una elaborada anatomía, los procesos sociales son objeto únicamente de una esquemática descripción y tratados con base en continuas extrapolaciones. Respecto a los trabajos de Stuart Hall (1984; 1981) se critica sobre todo el que la salvaguarda de la autonomía de la esfera cultural desplace las presiones económicas hacia el exterior, conservando solo como internas las conexiones de los medios con el Estado. Ciertamente que, como planteó Gramsci, el Estado es el lugar donde se construye la unidad de la ideología dominante, y donde, por lo tanto, se asegura la hegemonía, pero eso no puede llevarnos a poner fuera de esa misma dinámica el proceso de creciente interpenetración económica

entre los diferentes medios, con el consiguiente reforzamiento internacional de la estructura de control. Las insuficiencias del economicismo no pueden ser paliadas con un politicismo que haga del Estado y la política los únicos espacios de poder, la exclusiva arena de la lucha por la democratización cultural.

Así planteadas esas críticas, no invalidan en modo alguno los aportes fundamentales que los estudios culturales están haciendo a la reconstrucción del pensamiento crítico y al afinamiento de los instrumentos de análisis de la producción simbólica<sup>2</sup>. A donde esas críticas apuntan es a arrancar de raíz la “ilusión” de que pueda ser necesaria, para el estudio de los procesos de comunicación, alguna otra teoría que no sea la teoría social. Lo peligroso de una aproximación a las comunicaciones desde la teoría cultural sería que sus insuficiencias desvíen el sentido que tiene la teoría social, su capacidad de dar cuenta de “las relaciones entre la distribución desigual del control sobre los sistemas de comunicación y los modelos más amplios de desigualdad en la distribución de la riqueza y el poder” (Murdock y Golding: 1985b)<sup>3</sup>. Pero es justamente ahí, sin embargo, donde radica, para otros, el nudo del debate: al negar la necesidad de una teoría explícita de la comunicación lo que se está haciendo es adoptar implícitamente la teoría de comunicación más simplista y simplificadora. La irrelevancia teórica atribuida al componente comunicacional se traduce en la asunción inconsciente de un modelo de comunicación que, proyectado sobre las relaciones comunicación-sociedad, atrapa estas en el círculo de una visión instrumental y conspirativa.

Para romper con ese círculo, Martín Serrano y su grupo en Madrid (Martín Serrano, Piñuel, Gracia y Arias: 1982)<sup>4</sup>, adoptaron una posición inversa a los de Leicester: la construcción de una teoría social de la comunicación requiere la formulación de una teoría general de la comunicación. Y ese requerimiento es epistemológico, no meramente ideológico o académico, ya que nada tiene que ver con el pancomunicacionismo desarrollado en ciertos países, y según el cual en nuestra época la comunicación sería el motor y el contenido mismo de la interacción social. Se trata de un requerimiento epistemológico en la medida en que el vacío producido por la ausencia de una reflexión sobre la comunicación a ese nivel está siendo llenado por un conocimiento “aplicado”, fácil presa de concepciones biológicas, para las que la comunicación acaba convertida en norma de comportamiento destinada a asegurar la reproducción del grupo, o de concepciones idealistas incapaces de articular el desarrollo

2. Véase en especial el decisivo trabajo de R. Williams: *Teoría cultural* (1980a).
3. Ese eje del debate ha seguido animando controversias entre sus principales protagonistas: Golding y Ferguson (1998), Curran, Morely y Walkerdine (1998) y Hall (2003).
4. Hay también un conjunto de trabajos de Martín Serrano, J. L. Piñuel, S. Montes, A. P. Muñoz y J. Gracia en el No. 3 de la *Revista española de investigaciones sociológicas* (1978). Véase en especial Martín Serrano (1977; 1986).

de las prácticas comunicativas al de las prácticas productivas y la organización progresiva de las relaciones sociales. De esa teoría general en su nivel epistemológico, que no podemos desarrollar aquí, queremos resaltar al menos como especialmente fecundo su punto de partida: la diferenciación entre los actos de carácter ejecutivo y los actos o interacciones de carácter expresivo, siendo solo estos últimos el objeto propio de una teoría de la comunicación y negándose así a hacer de ésta una teoría “general” de la acción humana, como es la tentación permanente del comunicacionismo e interaccionismo norteamericanos. Es también fuertemente esclarecedor el lugar ocupado en esa propuesta por el análisis de la referencia, reconstruyendo desde él un concepto tan clave en el campo de la comunicación como el de representación.

Nos interesa especialmente la propuesta de una teoría social de la comunicación basada en el paradigma de la mediación. Que es aquel modelo “que trabaja con intercambios entre entidades materiales, inmateriales y accionales” adecuado para “estudiar aquellas prácticas en las que la conciencia, la conducta y los bienes entran en proceso de interdependencia”, y que no se limita a intervenir sobre las ideas “pues la mediación es un programa destinado a hacer cosas con las cosas y con el hacer cosas” (Martín Serrano: 1986)<sup>5</sup>. Un modelo que, referido al campo del que nos ocupamos, busca dar cuenta de las formas/instituciones que toma la comunicación en cada formación social, de las lógicas que rigen los modos de mediación entre el ámbito de los recursos (materiales y expresivos), la organización del trabajo y la orientación política de la comunicación y, por último, de los usos sociales de los productos comunicativos. La propuesta tiene a su vez como articuladora “la pregunta por el cambio, o para ser más precisos, por el intercambio entre dos cambios: el que se produce en las formaciones sociales y el que se manifiesta en las modalidades de la comunicación pública” (Martín Serrano: 1986).

Se trata pues de una teoría cuyo objeto son los modos de interacción e interdependencia entre dos sistemas autónomos: el sistema social (SS) y el sistema de comunicación (SC), interdependientes en el sentido de que las transformaciones de cada uno afectan al otro, pero autónomos en el sentido de que de cada uno puede partir la iniciativa de la interacción. Es evidente que aquí se halla, para muchos, el punto ciego del problema, pues postular ese tipo de intercambio entre el SS y el SC implica que el SC no se confunde con el SS. Es decir que la coexistencia y la homología entre ambos sistemas no implica su identidad: “Una modalidad de comunicación siempre coexiste en el espacio y en el tiempo con alguna formación social, pero puede subsistir con otra sin transformarse cualitativamente” (Martín Serrano: 1986). De igual modo en lo que atañe a las homologías, pues ambos sistemas incluyen componentes materiales, cognitivos y organizativos, pero ni los componentes de cada

5. Véase también a ese propósito, sobre el concepto de mediación, Martín Serrano (1974; 1981).

nivel –estructural, infraestructural o superestructural– son los mismos, ni es postulable que ambos sistemas estén equifinalizados. Postular eso a priori acaba demostrando que la dificultad en diferenciar el SS del SC se halla directamente ligada a la dificultad de pensar la comunicación por fuera de la función meramente reproductiva de lo social. Que es precisamente lo que se trata de superar analizando los diferentes niveles o planos en que se produce el intercambio y la interdependencia: del SS hacia el SC en el nivel del control que ejercen las instituciones políticas sobre el funcionamiento de los medios de comunicación, y en el de las innovaciones, cuya referencia se halla en la producción comunicativa; del SC hacia el SS en el nivel del control que los medios ejercen sobre el sistema político, y en el de las orientaciones para la acción social que los medios proponen.

Tenemos así un complejo cuadro que nos permite hacer frente a los tipos de reduccionismo más frecuentes: el que creía poder explicar el funcionamiento de los medios de comunicación como un proceso de mero acoplamiento ideológico, el que creía poder explicar la organización de las instituciones comunicativas por la sola lógica del mercado y, finalmente, el que creía poder explicar la evolución y el desarrollo histórico de la comunicación de masas por las leyes de la acumulación capitalista. Martín Serrano advierte que centrar el estudio en el análisis de la ideología es quedarse en el producto sin abordar la producción. Pues situar los procesos de comunicación en el nivel de una reproducción, cuya dinámica y cuya lógica estarían en otra parte, sería ignorar lo que la historia social nos ha mostrado ya suficientemente: que en los medios de comunicación puede darse cabida durante largo tiempo a innovaciones de cultura, del arte y las costumbres, que la norma social tardará mucho tiempo en integrar; y viceversa, cambios en la concepción del mundo que han penetrado la conciencia social tardarán mucho tiempo en aparecer asumidos por el discurso de los medios. Y en lo que concierne al desarrollo que las comunicaciones de masa han tenido dentro del sistema capitalista, es cierto que ese desarrollo está fuertemente vinculado a algunos dispositivos centrales de la acumulación del capital como la división técnica, la disminución del tiempo de trabajo, etc., y como lo es que la apropiación material del mundo pase hoy por el control de la información y, por tanto, por el de la innovación tecnológica que permite su producción y acumulación, pero “es posible, e incluso previsible, que más tarde esas mismas innovaciones tengan consecuencias incompatibles con la perpetuación de un modelo de sociedad que basa la circulación de los bienes sociales, incluida la información, en su valor de cambio” (Martín Serrano: 1986). Hacia allá apuntan no pocos desajustes, brechas y contradicciones, como las introducidas por la conquista de la sincronía comunicativa en el sistema de la comunicación masiva, haciendo muy difícil un control que no sea censura, o el incremento en la proporción de las expresiones icónicas, incorporando a la audiencia grupos sociales por largo tiempo excluidos de la información



pública, o la expansión de los medios audiovisuales sincrónicos, haciendo perder importancia a los intermediarios sociales de cuya autoridad provenían las interpretaciones aceptables de los acontecimientos, y el traspaso de las barreras geográficas, produciendo nuevas formas de comunicación que entran en colisión con las demarcaciones establecidas y las correspondientes exclusiones que ellas amparaban. Pero junto a esas contradicciones movilizadoras están también aquellas otras que al menos hoy pueden ser calificadas como negativas: así el fetiche de la actualidad, ligado a la sincronía entre acontecer e información, desvalorizando otras temporalidades y mistificando el valor de los medios masivos; o la transformación de los modelos expresivos tornando obsoletos algunos, fundamentales en la cultura y la comunicación de los pueblos, antes de que se produzca la transformación y adaptación de los modelos cognitivos; y la enculturación y colonización cultural acarreadas por la aceleración en la distribución de los productos masivos, privando a muchos pueblos de las herramientas de que disponían para una apropiación enriquecedora de esos productos.

Lo que esa ambigua y contradictoria relación entre comunicación y sociedad nos plantea es la imposibilidad teórica de seguir atribuyendo, bien sea a los intereses de la clase dominante o a la infraestructura tecnológica, la causalidad única de lo que en el espacio de la comunicación está sucediendo. Y esa tarea, la de superar los monismos reduccionistas, no puede ser encomendada a una teoría de la comunicación que no pueda incorporar las transformaciones históricas de la sociedad, ni a una teoría social incapaz de aceptar la dinámica propia de los procesos comunicativos.

## 2. Paradigmas de comunicación formulados desde la teoría de la información y la semiótica

El texto pionero, y quizá más decisivo, sobre el ajuste de cuentas con la sociología en el campo de la comunicación de masas, lo escribió Paolo Fabri en 1973, y su solo título es ya bien dicente: *Las comunicaciones de masa en Italia: mirada semiótica y mal de ojo de la sociología*. En él se hace manifiesto cómo, por venir académicamente de la sociología y la antropología –y no de la lingüística– buena parte del trabajo semiológico en Italia va a construir una reflexión sobre la producción de sentido en la comunicación nada semioticista, muy atenta a las articulaciones sociales y las diferencias culturales. Y muy crítica también, desde temprano, de las limitaciones que presentaba el modelo informacional para dar cuenta de la trama de apropiaciones y reconocimientos de que está tejida la comunicación-cultura de masas. El otro trabajo clave en la línea del emborronamiento de las fronteras puestas por las disciplinas y el deslinde de las nuevas cuestiones que acarrea la configuración de un campo como el de la comunicación de masas, es el desarrollado por F. Rositi. Su esfuerzo por sacar la comprensión de la cultura de masas de los “hábitos sociológicos

que desconían de los procedimientos hermenéuticos” lo aproxima a una semiótica de las percepciones sociales y las matrices culturales<sup>6</sup>.

Pero la respuesta más amplia y detallada a las pretensiones sociológicas de vaciar de sentido la necesidad de un abordaje teórico explícito de la cuestión comunicativa la proporciona Mauro Wolf (1985)<sup>7</sup>, al ofrecernos un cuadro histórico de los modelos de comunicación con los que han venido trabajando las diferentes teorías, ya sea explícita o implícitamente. El modelo inicial, pero vigente y operante mucho más allá del campo en que nació –y remozado, más que superado, por la mayor parte de la crítica– es el modelo informacional. Elaborado desde la perspectiva de la ingeniería telefónica por Shannon en 1948<sup>8</sup>, ese modelo efectúa el desplazamiento definitivo en la idea de comunicación desde el tradicional sentido de “poner en común” al moderno sentido de transmitir y propagar. El texto de Shannon se abre con esta significativa frase: “El desarrollo reciente de diversos métodos de modulación que cambian el ancho de banda para una determinada relación señal-ruido ha intensificado el interés por una teoría general de la comunicación”. Una teoría, en verdad, de la rentabilidad informacional, esto es, capaz de dar cuenta de la transmisión óptima de un mensaje en términos de eficiencia difusiva, y para la que el código es un sistema de reglas para asignar a las señales unos valores y no unos significados. Fue esa teoría la que generalizó Roman Jakobson (1963), al asumir como la clave de desarrollo de la lingüística en el momento en que esta aborda el lenguaje como sistema de comunicación. Y fue ese mismo modelo, el del análisis de la propagación de la información, el que cargó de legitimidad científica los estudios norteamericanos, la *communication research* de los años cincuenta y sesenta. Había sin duda un perfecto ajuste entre la concepción difusiva de la teoría informacional y el paradigma de los efectos lineales y puntuales, entre la eficacia transmisiva buscada por el modelo y la pasividad receptiva postulada por la teoría conductista que inspiraba aquellos estudios. Pero no solo se ajustaba bien al paradigma funcionalista; por paradójico que parezca, el modelo informacional encontró también complicidad del lado de una teoría crítica dominada por la lógica de la reproducción social y una concepción predominantemente instrumental –pues operaba por aparatos– de la ideología.

La primera inflexión en ese modelo la introduce la semiótica estructuralista francesa al buscar conjugar el esquema informacional con

6. Hay una selección de los trabajos de Franco Rositi, preparada por el propio autor: *Historia y teoría de la cultura de masas* (1980), en la que nos parece especialmente pertinente lo que estamos trabajando; en particular los textos reunidos en la primera parte bajo el subtítulo: Matrices históricas y significados funcionales en la cultura de masas, y el último texto de la tercera parte: Excedencia cultural y control social.
7. Hay una buena muestra de la fecundidad del modelo de comunicación propuesto desde la semiótica textual, en la investigaciones realizadas por Wolf et ál. (1980; 1983).
8. Hay traducción castellana en un libro organizado por S. Montes (1981).

la problemática de la codificación-descodificación en cuanto proceso de producción y atribución de sentido. Se trata de hacer pensables ciertas asimetrías en la competencia y la comprensión del significado de los mensajes, de asumir como parte del proceso comunicativo operaciones que tienen su procedencia en la disparidad sociocultural, de dar valoración no negativa a ciertas interferencias o “ruidos”, y de analizar la transmisión en términos de transformación. En el texto en que Eliseo Verón (1978) sintetiza el recorrido efectuado por la semiótica para superar una concepción instrumental de la ideología, resume el punto a que ha llegado la semiótica afirmando “la imposibilidad de inferir de una manera directa y lineal las reglas de reconocimiento a partir de la gramática de producción”. Sin embargo, la línea predominante en el análisis semiótico será aun durante bastante tiempo aquella que proyecta sobre el proceso comunicativo la figura de un sentido que circula, con ciertas trabas, de un polo al otro en una sola dirección. Y a estudiar esas trabas se dedicará la propuesta funcionalista, ahora remozada por la presencia en el análisis de cierto instrumental estructuralista, en sus investigaciones sobre la comprensibilidad de los mensajes. Y si de ese lado se sigue anclado en el análisis del éxito o el fracaso de las significaciones transmitidas, del otro, del lado impugnador y crítico, se seguirá todavía confinados a estudiar lo que pasa en el ámbito de una ideología que “funciona” inevitablemente en un solo sentido. La ruptura con el modelo informacional, que hace de la comunicación un proceso de mera transmisión de significados ya hechos, dados, se hace posible solo cuando la semiótica textual comience a hacer pensable una comunicación-mediación y negociación. Lo que, restringiéndonos al campo de la comunicación masiva, implica dar entrada a una nueva perspectiva con dos ideas básicas. La primera, que la relación comunicativa se halla constituida no por mensajes particulares –analizables aisladamente–, sino por conjuntos de prácticas textuales; y la segunda, que tiene lugar en la comunicación de masa una asimetría fundamental en la que se basa “la diversa cualidad de las competencias comunicativas del emisor y el receptor (saber hacer *versus* saber reconocer), y la articulación diferenciada (en el emisor y en el receptor) de los criterios de pertinencia y significancia de los textos masivos” (Wolf: 1985).

Sobre la primera formulación –naturaleza textualizada de la comunicación de masa– Wolf retoma la propuesta de P. Fabri inspirada en Iuri Lotman (1979) acerca de la diferencia entre una cultura gramaticalizada, que remite la intelección y la fruición de la obra al conocimiento de las reglas explícitas de su gramática, y una cultura textualizada en la que el sentido y el goce de un texto remite no a su gramática –que se desconoce– sino a la familiaridad con otros textos, como sucede en el folclor y en la cultura popular. De ahí que mientras la primera está conformada por las obras, la segunda lo está por los géneros, esos que para la crítica literaria no representan hoy sino estereotipos banalizadores de cualquier contenido y estratagemas de conformización de los públicos, pero en los que la “mirada” semiótica descubre una estrategia fundamental de comu-

nicación: aquella que, aunque atravesada por la lógica mercantil, no es reducible a la lógica del formato, pues remite también a la configuración de determinados efectos de sentido que hablan de la diversidad de los modos de producción cultural y de fruición presentes en nuestra sociedad. Estudiado semióticamente, el formato nos da la pista para percibir y comprender la elevada intertextualidad y viscosidad de una comunicación regida por la tendencia a guiarse en el plano de la producción por lo ya producido y en el plano de la recepción por lo ya gozado. Escándalo para la experiencia cultural en que se basa la crítica “cultura”, ese modo de producción y de fruición aparece semióticamente como otra modalidad de comunicación a la que la sociología se había negado a atribuirle un valor que no fuera negativo. Y esa diversidad que sin duda es histórica, sociocultural, nos enfrenta a una pregunta clave, pues el modo histórico en que se ha consolidado la organización de los medios masivos no es comprensible, ni explicable, en términos de mera rentabilidad informativa ni en los términos sociológicos del control social.

El segundo rasgo redefinidor de la comunicación de masa –la asimetría de funciones y competencias– nos plantea el análisis de una dinámica de interacción a la que no hay acceso desde el modelo informacional. Contrario a lo que postula ese modelo, estamos ante una comunicación en la que el emisor organiza el mensaje no a partir de la información a transmitir, sino más bien a partir de las condiciones –situación, competencias, posibilidades– de la recepción. A esa dinámica de interacción Wolf la denomina estrategia de anticipación, mediante la cual “el emisor anticipa la comprensión del receptor, escoge las formas aceptables por el destinatario, y al hacer esto la codificación resulta influenciada por las condiciones de la descodificación” (Wolf: 1985). Tanto el estudio del emisor como el del receptor resultan replanteados. ¿Cómo, a través de qué mecanismos, los productores reciclan su conocimiento sobre los públicos? ¿Mediante qué rutinas productivas esas anticipaciones se transforman en dispositivos, se sedimentan en fórmulas? ¿Cuál es la durabilidad de los formatos y cómo se asegura el equilibrio mínimo entre innovación y repetición? He ahí un conjunto de preguntas que, formuladas desde una semiótica que desplaza la centralidad ocupada por los textos, empujan la renovación de la sociología que se ocupa de la cultura ocupacional y las ideologías profesionales<sup>9</sup>. Rompiendo con un economicismo, que se correspondía con el lugar asignado al emisor en el modelo informacional, lo que se busca ahora es hacer analizable la lógica de los procesos que rige la construcción de los géneros y los formatos. Y lo mismo del lado del destinatario, del

9. La última parte del libro que estamos citando de M. Wolf está dedicada al análisis de las nuevas propuestas en sociología del emisor-productor de informaciones. Véase también a ese propósito la segunda parte del libro *Sociedad y comunicación de masas* (1981), dedicada al análisis de la organización y ocupaciones profesionales de los medios; también: J. Villafañe, E. Bustamante y E. Prado, *Fabricar noticias: las rutinas productivas en radio y televisión* (1987).

lector. Frente a una concepción informacional del receptor como punto de llegada del mensaje, sin otra opción que la de captar o no la información que el mensaje contiene, la semiótica textual plantea que “un texto es un mecanismo perezoso que vive de la plusvalía de sentido que el destinatario introduce en él”, y redondeando su formulación Umberto Eco afirma que “un texto postula su destinatario como condición indispensable no solo de su propia capacidad comunicativa, sino también de la propia potencialidad significativa” (Eco: 1981). Lo que nos pone en la pista de las nuevas preguntas que una sociología y una antropología de los usos sociales de los medios no pueden dejar ya de plantearse: ¿qué saberes constituidos en memoria –de clase, de etnia, de raza– moviliza la comunicación masiva?, ¿qué imaginarios –de generación o de sexo– median en la lectura y en los modos de ver?, ¿qué espacios y qué actores sociales intervienen en la resemantización?, ¿qué dimensiones de la vida cotidiana son afectadas por los diferentes géneros?<sup>10</sup>.

### 3. El modelo de sociedad que encarna la información

La imagen consagrada por el título del informe de Simon Nora y A. Minc (1981) ha dado cuerpo a un pensamiento emparentado con la llamada sociedad posindustrial (Touraine: 1969)<sup>11</sup>, de la mano con lo que se denominó postmodernidad. Contrario a lo que pudiera parecer, de lo que se trata en esas “teorías” –las comillas indican lo arriesgado de nombrar así lo que no es sino una amalgama de estilos, saberes cibernéticos y metáforas tecnocráticas– no es tanto de las nuevas modalidades de comunicación como de las nuevas imágenes y modelos de lo social, de las nuevas configuraciones que adquieren las instituciones y las socialidades. Y ello merced a que las sociedades avanzadas –y con ellas, por supuesto, la humanidad– estarían entrando en una época en que la sociedad toda se organiza según el sistema y el tejido de la info-comunicación.

#### *Critica de los pre-juicios convertidos en modelo social*

¿Qué quiere decir sociedad de la información? Básicamente: aquella en la que todos los espacios y todas las funciones se hallan conectados de forma autorregulada y transparente. La autorregulación significa “funcionalidad bien templada, solidaridad entre todos los elementos del sistema, donde todos los términos deben permanecer en contacto, informados de la condición respectiva de los demás y del sistema como un todo”

- 
10. Una explicitación de esas preguntas en mi texto *De los medios a las mediaciones* (1987a). Y una “aplicación” de esas preguntas a la investigación sobre los usos sociales de las telenovelas, en mi texto *La telenovela en Colombia: televisión, melodrama y vida cotidiana* (1987b).
  11. En la obra hay un capítulo entero dedicado a “Loisirs, participation sociale et innovation culturelle” (pp. 261-307).

(Baudrillard: 1985)<sup>12</sup>. Autorregulación es equilibrio y retroacción, circulación constante. Autorregulada será entonces una sociedad de relaciones complejas y móviles que harán de cada uno un nudo en el circuito de la comunicación incesante. Por su parte, la transparencia alude a la transformación del estatuto de los saberes en una sociedad dotada de un lenguaje al que serían traducibles todas las hablas y todos los discursos, o dicho de otro modo: una sociedad capaz de “ordenar esas nubes de socialidad a matrices de *input-output*, según una lógica que implica la conmensurabilidad de los elementos y la determinabilidad del todo” (Lyotard: 1987)<sup>13</sup>. Con lo cual es la naturaleza misma del saber la trastornada, pues no será tenido por tal sino aquel saber que sea traducible a esa lógica y esa mensurabilidad. Transparente será entonces una sociedad en la que ser y saber se corresponden hasta el punto que lo que es coincide con la información que posee acerca de sí misma. De ahí que, como afirma Lyotard, en esa sociedad ya no habrá sitio para los “grandes relatos” de la realización del Espíritu o de la emancipación del ciudadano, pues su sentido ya no es traducible al nuevo tipo de valor. La opacidad de lo político queda así abolida en una sociedad cuya naturaleza habría dejado de ser conflictiva, ya que su riqueza residirá en adelante en la información acumulada y en la densidad del flujo de mensajes puestos a circular.

Así dibujadas las figuras que componen la sociedad de la información, traslucen en forma demasiado evidente lo que en su proclama de novedad queda aun de la “vieja” ideología racionalista del progreso, solo remozada. La ideología del progreso se reencaucha en la idea que liga la evolución social a la comunicación como su fuente de sentido, es decir, que traduce el desarrollo social en términos de la creciente complejidad de la información disponible, llegando incluso a identificar el crecimiento de las libertades civiles con el aumento de una comunicación cuyo sistema nervioso se hallaría en el cuerpo de la tecnología. Pero nos equivocáramos al pensar que detrás de esas imágenes y esas figuras no hay sino viejas ideas remozadas, pues ahí se delinea también la emergencia de un nuevo paradigma del saber social: el de lo fluido y lo circular, por oposición a lo mecánico y lo lineal<sup>14</sup>. De lo que habla ese paradigma es de la crisis del pensamiento lineal, o sea, del fracaso de un modelo mecánico y centralizado de crecimiento, y de los modos de legitimación de las nuevas competencias laborales y profesionales.

12. Baudrillard había reflexionado ya sobre la “implosión del sentido” en la información, en su libro *A la sombra de las mayorías silenciosas* (1978) y lo retoma en su versión más “apocalíptica”: *Las estrategias fatales* (1984).

13. Además el capítulo 5, La naturaleza del lazo social: la perspectiva postmoderna (pp. 35-43).

14. Una reflexión analítica sobre ese nuevo paradigma, en A. y M. Mattelart, *Penser les médias* (1986), en su II parte y en el capítulo sobre Logique de l'acteur industriel (pp. 187-198). Véase también de los mismos autores *La culture contre la démocratie* (1983), y de A. Mattelart e I. Stourdzé, *Technologie, culture & Communication* (1982).

Lo que no quiere decir que todo ahí sea ideología. Pues hemos de aceptar que la superación del pensamiento lineal está haciendo posible el reconocimiento de nuevos espacios y modos de relación –individuo-Estado, habitante-ciudad, docente-alumno– y de una nueva sensibilidad hacia lo diverso y lo periférico, lo discontinuo y lo descentrado. Esa nueva sensibilidad se traduce en una nueva percepción del poder que no aparece ya localizado en un punto desde el cual irradia, sino disperso, transversal; y en una nueva valoración de lo local en cuanto espacio de la proximidad, esto es, donde se hace efectiva la diferencia de lo cotidiano como lugar donde se lucha y se negocia permanentemente la relación con el poder. Lástima que ese paradigma tan rico en potencialidades de redefinición de lo social esté sirviendo a “la legitimación de un proyecto tecnocrático que pide a la tecnología justificar y enmascarar la ausencia de un proyecto social acorde con las demandas que subyacen a los nuevos modos de pensar y hacer la sociedad” (Mattelart & Mattelart: 1986). Es la dirección hacia donde marchan las nuevas estrategias económicas y políticas. Así, la descentralización, palabra mágica del nuevo orden pero cuyo funcionamiento en nada se opone a la concentración del poder económico, pues tanto su campo semántico como el de operación remiten sobre todo a las nuevas exigencias de funcionamiento de los conglomerados transnacionales. De modo que de lo que se termina hablando es de desregulación, entendida como la menor intervención posible del Estado para que sean “liberadas” las energías del mercado, y de des-congestión de la gestión administrativa en pequeñas unidades de decisión.

En el campo político, la nueva racionalidad tiene como figura básica una tramposa oposición entre sociedad civil y Estado: a un Estado maléfico y abstracto, esto es, divorciado de la sociedad, se le opone una sociedad civil que –mistificando e invirtiendo el sentido que ésta tenía para Gramsci– es identificada con los intereses privados, de la que el mercado sería su mejor expresión, y que estaría formada por la muy concreta comunidad de los individuos con iniciativa. De una vez con la desocialización del Estado se legitima la disolución de lo público, intensificando la privatización de su espacio. En la nueva sociedad el Estado deberá redefinir sus funciones ya no en términos de garante de la nacionalidad, sino de gerente de los intereses transnacionales, para lo cual deberá abandonar su viejo lenguaje político y adoptar uno nuevo, el de la administración. Mientras tanto, el sector privado tiende a inspirarse y a hacerse cargo de las finalidades y el lenguaje del sector público: se socializan las demandas del mercado y se universalizan sus normas. Ese es el escenario al que no puede hurtarse el debate tecnológico, pues las nuevas tecnologías están jugando un papel fundamental en la redefinición y remodelación de la figura y las funciones del Estado. Y ello mediante una lógica paradójica: el chantaje tecnológico de comunicación hace fuerte a un Estado al que refuerzan en sus aparatos de control, al mismo tiempo que lo tornan débil al desligar de aquellas funciones que ahora reclama para sí el sector privado.

***Mutaciones sociales ligadas a la tecnología comunicativa***

El pensamiento actual acerca de las relaciones entre cultura y tecnología llega mayoritariamente a conclusiones desesperanzadas y se detiene. Los conservadores culturales dicen que la televisión por cable es la última ofrenda de la caja de Pandora y la transmisión por satélite coronará la torre de Babel. Al mismo tiempo una nueva clase de intelectuales, que dirige los centros en que operan las nuevas tecnologías culturales e informáticas, hablan confiadamente de su ‘producto’. Ninguna de esas posturas es un suelo firme. *Lo que tenemos es una pésima combinación de determinismo tecnológico y pesimismo cultural.* Así, conforme una tras otra de las viejas y elegantes instituciones se ven invadidas por los imperativos de una más dura economía capitalista no resulta sorprendente que la única reacción sea un pesimismo perplejo y ultrajado. Porque no hay nada que la mayoría de esas instituciones quiera ganar o defender más que el pasado, y el futuro alternativo traería precisa y obviamente la pérdida final de sus privilegios.

RAYMOND WILLIAMS

La posibilidad de comprender la envergadura de las actuales transformaciones tecnológicas pasa paradójicamente por la no reducción de los cambios socioculturales a su dimensión tecnológica, dejando por fuera la especificidad de lo que socialmente se produce, o como si esto fuera mero efecto de lo técnico. Pues lo que la presencia de las TIC (tecnologías de información y comunicación) está produciendo a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, más que a partir de una visión integral capaz de ubicar en el entorno de los procesos de desarrollo económico-social, y de las prácticas de participación democrática, los impactos y las potencialidades de esas tecnologías. Movidas y orientadas de manera exclusiva –durante los años noventa– por el sector comercial, las TIC han tomado un rumbo radicalmente diferente en los países más ricos que en la inmensa mayoría de países que conforman el mundo empobrecido y subdesarrollado de África, Latinoamérica y Asia. En la actualidad, casi el 70% de los usuarios de redes digitales residen en Estados Unidos y Europa; al mismo tiempo que en los países más grandes y económicamente fuertes del mundo pobre las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal: según estadísticas de la Cepal (2003), “en el año 2004 el grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaría una tasa de colectividad del 82%, mientras que la tasa nacional sería de sólo 12%”. La brecha digital es en realidad una brecha social, esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital, sino a una organización de la sociedad en la que la propia tecnología se convierte en dispositivo de exclusión que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física, como económica y mentalmente, de las TIC. Pues la verdadera brecha remite, más allá del hecho técnico, a una hipervaloración de la información cuyo significado no puede ser comprendido en



Latinoamérica más que conectándolo con la devaluación que hoy sufren los saberes tradicionales no informatizables, desde las formas de trabajo informales (o sea, que no son o no están in-formadas) y las estrategias campesinas de supervivencia, hasta las experiencias y memorias culturales con base en las cuales sobreviven los emigrantes.

Pero en la idea de sociedad de la información hay una referencia a algo innegable: las mutaciones societales ligadas a la “revolución tecnológica” que atraviesan tanto nuestra idea como la realidad del mundo. Pues no se trata solo de lo que le sucede a la parte de la población conectada, sino tanto o más a la desconectada, ya que al ahondar la vieja división internacional del trabajo o las tradicionales y las modernas desigualdades sociales, el mundo padece hoy la más gigantesca operación de conexión y desconexión social, política y cultural de la historia humana. Lo que sociedad de la información significa, entonces, es algo que desafía doblemente al viejo pensamiento de la técnica como instrumento o máquina, y al mundo en términos del espacio-tiempo de la sociedad nacional, que ha sido hasta ahora la categoría central de las ciencias sociales.

El primer desafío es de orden cognitivo, pues estamos ante un nuevo tipo de tecnicidad<sup>15</sup>, cuya peculiaridad reside en constituirse en ingrediente estructural de la formación de un tercer entorno (Echeverría: 1999), de un verdadero ecosistema comunicativo. Ecosistema que emerge asociado a una nueva economía cognitiva regida por el desplazamiento del número que, de signo del dominio sobre la naturaleza, está pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico-estético, lo cual viene a significar la primacía de lo sensorio-simbólico sobre lo sensorio motriz. La numerización digital hace posible una nueva forma de interacción entre la abstracción y lo sensible, y replantea por completo las fronteras entre arte y ciencia. Si desde antiguo la ciencia ha teorizado modos de percepción prefigurados por el arte, hoy no podemos ya extrañarnos de que el artista trabaje programando música o poesía. Pues por escandaloso que eso suene al oído romántico, es solo un indicador de la hondura del cambio que convierte a la simulación informática a la vez en ámbito de experimentación científica y de creación estética. El significado mayor de ese cambio remite al sentido emancipador que cobra el hacer técnico en su estrecha vinculación con la experiencia estética. Esto es, un arte cada día más sometido, o vuelto cómplice, de las presiones del mercado, que asimila la temporalidad de las obras a la obsolescencia de cualquier producto comercial, encuentra en la nueva tecnicidad posibilidades de revertir el creciente déficit simbólico que padece. Y a su vez, en la experimentación tecnológica, la creación artística hace emerger un nuevo parámetro de evaluación de la técnica, distinto al de su rentabilidad o su funcionalidad de control, el de su capacidad de significar, esto es, de auscultar y descifrar las más secretas energías que irrigan y dinamizan el opaco y contradictorio curso del vivir social.

15. El término es propuesto por A. Leroi-Gourhan (1989) para denominar lo que él llama el “sistema técnico”.

Por arriesgado que resulte, Manuel Castells habla de revolución tecnológica para intentar pensar las peculiaridades de una tecnología que ya no pasa por sus máquinas, sino por configurar un nuevo modo de relación entre los procesos simbólicos –que constituyen lo cultural– y las formas de producción y distribución de los bienes y servicios: un nuevo modo de producir que, asociado a un nuevo modo de comunicar, convierte a la información y al conocimiento en fuerza productiva directa. Con lo cual es el lugar de la cultura en la sociedad el que cambia cuando la mediación tecnológica de la comunicación deja de ser meramente instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural. Pues tanto o más que a unos aparatos, la tecnología nos remite hoy a nuevos modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras. Y la heideggeriana “pregunta por la técnica” se nos vuelve cada día más crucial en la medida en que la diversidad cultural de la técnica, persistentemente testimoniada por los antropólogos, es sustituida de manera acelerada por una tecnicidad-mundo que desvincula a la tecnología de las herencias culturales, permitiéndole instalarse en cualquier región o país como dispositivo de producción a escala planetaria: como conector universal en lo global. Al mismo tiempo, al profundizar la división internacional del trabajo, la tecnicidad-mundo trastorna las condiciones de producción, rearticulando las relaciones entre países mediante una des-centralización que concentra el poder económico y una des-localización que empuja la hibridación de las culturas.

Cuando se producen cambios de este tipo, como nos alertó Walter Benjamin, el pensamiento social se halla ante “modificaciones del *sensorium*, de la percepción colectiva”, siendo tal el trastorno que “las escrituras entran en un *estado de refundición*”, hasta el punto de poner en crisis el acostumbrado y legitimador canon de los géneros y las oposiciones en que se sustentaban las autorías y las jerarquías. Y la apuesta formulada atañe a la posibilidad de una lectura crítica de lo social, no solo liberada del reduccionismo y el determinismo, sino capaz de iluminar la experiencia misma del vivir social en su más honda trama: la de la creatividad, pues es entonces cuando, según Benjamin (1969), la técnica revela su estatuto de mediación de fondo entre escritura y política. Es la técnica en cuanto cuestión política la que, como nunca antes en la historia humana, necesita ser pensada por las ciencias sociales. Pues la paradoja no puede ser más desconcertante: mientras la política ha sufrido en el último medio siglo un profundo vaciamiento, no solo ideológico sino simbólico, que la incapacita para convocar a los ciudadanos haciéndolos sentir juntos, la tecnología ha pasado, en ese mismo trecho de tiempo, de ser tenida por un mero instrumento a convertirse en razón, en una dimensión constitutiva de lo simbólico<sup>16</sup> en nuestras culturas y nuestras sociedades.

Pensar la relación entre técnica y política en, y desde, Latinoamérica es a lo que nos ha enfrentado el geógrafo brasileño Milton Santos (2004),

16. P. Sloterdijk, *El hombre operable* (2007), en la colección de algunos de sus textos disponible en la web.

en cuyo último libro publicado en vida traza su desafiante visión de la globalización a la vez como perversidad y como posibilidad, esa paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto el pensamiento como la acción capaz de transformar su curso. De un lado la globalización fabula el proceso avasallador del mercado, un proceso que al mismo tiempo que uniforma el planeta, profundiza las diferencias locales desuniéndolo cada día más. De ahí la perversidad sistémica que implica y produce el aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo tornado ya crónico, de enfermedades que, como el sida, se tornan epidemia devastadora en los continentes no más pobres, sino más saqueados.

Pero la globalización representa también un conjunto extraordinario de posibilidades, cambios ahora posibles que se apoyan en hechos radicalmente nuevos entre los que sobresalen dos: uno, la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se producen hoy –aunque con grandes diferencias y asimetrías– en todos los continentes, una mezcla posible solo en la medida en que emergen con mucha fuerza cosmovisiones otras que ponen en crisis la hegemonía del racionalismo occidental; y el otro, unas nuevas tecnologías que están siendo crecientemente apropiadas por grupos de los sectores subalternos, posibilitándoles una verdadera “revancha sociocultural”, esto es, la construcción de una contrahegemonía a lo largo y ancho del mundo. Para Milton Santos ese conjunto de posibilidades abre la humanidad por primera vez en la historia a una universalidad empírica y de ahí a una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa pasa por una mutación política, un nuevo tipo de utopía capaz de asumir la envergadura de los numerosos desafíos, entre los que sobresalen, primero, la existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo. Segundo, el atravesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas llevándonos de una influencia puntual –por efectos de cada técnica aisladamente como lo fue hasta ahora– a una conexión e influencia transversal que afecta directa o indirectamente al conjunto de cada país. Esto implica la actual mediación de la política, pues si la producción se fragmenta como nunca antes por medio de la técnica, nunca fue más fuerte la unidad política que articula las fases y comanda el conjunto a través de una poderosa “unidad de motor” que deja atrás la pluralidad de motores y ritmos con los que trabajaba el viejo imperialismo. El nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la competitividad exponencial entre empresas de todo el mundo, “exigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización”. Tercero, la peculiaridad de la crisis que atraviesa el capitalismo reside entonces en el entrechoque continuo de los factores de cambio que ahora rebasan las viejas gradaciones y mensurabilidades desbordando territorios, países y continentes; y ese entrechoque, hecho de una extrema movilidad de las relaciones y una gran adaptabilidad de los actores, reintroduce “la centralidad de la periferia”, no solo en el plano de los países, sino de lo social marginado

por la economía y ahora recentrado como “la nueva base en la afirmación del reino de la política” (Santos: 2004).

Como vimos, el pensamiento crítico nos advierte certeramente de los riesgos que entraña el actual desarrollo tecnológico en sus complejidades con las lógicas del mercado y los procesos de agravamiento de la exclusión social. Y es justamente por eso que nuestra inserción en la nueva mundanidad técnica no puede ser pensada como un automatismo de adaptación socialmente inevitable, sino más bien como un proceso densamente cargado de ambigüedades y contradicciones, de avances y retrocesos, un complejo conjunto de filtros y membranas (Santos: 2004) que regulan de manera selectiva la multiplicidad de interacciones entre los viejos y los nuevos modos de habitar el mundo. De hecho, la propia presión tecnológica está suscitando la necesidad de encontrar y desarrollar otras racionalidades, otros ritmos de vida y de relaciones tanto con los objetos como con las personas, relaciones en las que la densidad física y el espesor sensorial readquieren el valor primordial. De eso hablan la búsqueda de las medicinas alternativas o el esfuerzo por reencontrarse con el propio cuerpo y el de los otros recobrando el contacto y la inmediatez en la comunicación.

Una particular y pionera experiencia de esa apropiación de la tecnología, de la que habla Milton Santos, es la que están llevando a cabo los adolescentes y los jóvenes, incluso entre los estratos sociales más pobres. Para ellos el computador no es ya una máquina, sino una tecnicidad cognitiva y creativa<sup>17</sup>. Claro que los educadores tienen todo el derecho a preguntarse qué le está pasando al cuerpo cuando alguien pasa tantas horas frente a una pantalla, pero el verdadero problema no es qué le hace el computador al cuerpo, sino cómo afectan al cuerpo los nuevos modos de habitarlo y los nuevos saberes acerca de él, o sea, la tecnobiología y la genética, y ellas tanto en sus posibilidades como en sus perversiones. Que es la pregunta que ha tenido la osadía de hacerse Donna J. Haraway (1991) al pensar no las posibilidades de transformación cosmética del cuerpo, sino las posibilidades del cuerpo-ciborg, esa hibridación que aterra a todos los adultos de mi generación porque es la aleación más desafiante al cuento racionalista que nos hemos contado en Occidente. Pues mientras toda la historia de la evolución de lo humano es una historia plena de hibridaciones, de transfusiones de lo natural en lo artificial, y viceversa, el racionalismo en que se convirtió el idealismo antiguo ha pretendido mantener en mundos separados la episteme y la *techné*, el conocimiento y la técnica, dotando a la primera de toda la positividad de la invención y reduciendo la técnica a un mero instrumento o utensilio. Lo que nos ha impedido radicalmente pensar las relaciones constitutivas que siempre hubo –pero que nunca como hoy se hicieron patentes– entre ciencia y técnica y de ambas con la vida cotidiana. De ahí que la existencia de la

17. Véase Lévy (1998; 1997; 1990); Stiegler (2001).

tecnociencia nos desafíe a pensar no la singularidad del mundo de la técnica, sino, como advirtiera Heidegger (1997), la tecnicidad del mundo, esto es, la técnica como dimensión constituyente de lo humano. Es a ese desafío al que deberían ir dirigidos los esfuerzos por pensar la tecnología como entorno y ecosistema comunicativo, hoy socialmente tan estratégico como el ecosistema verde. Y pensar desde ahí la convergencia digital, que está implicando movilizar la contradicción entre su disfraz de magia tecnológica y su potencialidad político-cultural. Pues la convergencia digital introduce en las políticas culturales una profunda renovación del modelo de comunicabilidad, ya que del unidireccional, lineal y autoritario paradigma de la transmisión de información hemos pasado al modelo de la red, esto es, al de la conectividad y la interacción que transforma la mecánica forma de la comunicación a distancia por la electrónica de la interfaz de proximidad. Nuevo paradigma que se traduce en una política que privilegia la sinergia entre muchos pequeños proyectos, por sobre la complicada estructura de los grandes y pesados aparatos tanto en la tecnología como en la gestión.

La experiencia cultural audiovisual –que es la que configura la cotidianidad de las mayorías– trastornada por la revolución digital, apunta hacia la constitución de nuevas modalidades de comunidad (artística, científica, cultural) y de una nueva esfera de lo público. Ambas se hallan ligadas al surgimiento de una visibilidad cultural<sup>18</sup>, que es el escenario de una decisiva batalla política, la que hoy pasa por la des-localización de los saberes, trastornando sus viejas, pero aun prepotentes, jerarquías, diseminando los espacios donde el conocimiento se produce y los circuitos por los que transita, y posibilitando a los individuos y las colectividades insertar sus cotidianas culturas orales, sonoras y visuales, en los nuevos lenguajes y las nuevas escrituras. En América Latina nunca el palimpsesto de las memorias culturales múltiples de su gente tuvo mayores posibilidades de apropiarse del hipertexto en que se entrecruzan e interactúan lectura y escritura, saberes y haceres, artes y ciencias, pasión estética y acción política.

### Referencias bibliográficas

- Anderson, P. (1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*. Madrid: Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (1978). *A la sombra de las mayorías silenciosas*. Barcelona: Kairós.
- Baudrillard, J. (1984). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J. (1985). El éxtasis de la comunicación. En *La postmodernidad*. Barcelona: Kairós.

18. Véase a ese propósito, Levin (1993), Virilio (1984), Gruzinski (1994) y Renaud (1995).

- Benjamin, W. (1969). L'auteur comme producteur. En *Essais sur Bertolt Brecht*. Paris: Maspéro.
- Cepal (2003). *Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe*. Última consulta 2007, <http://www.cepal.cl/publicaciones/DesarrolloProductivo/1/LCG2195Rev1P/lcg2195e2.pdf>.
- Curran, J., Morely, D. & Walkerdine, V. (1998). *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Echeverría, J. (1999). *Los señores de aire: Télépolis y el tercer entorno*. Barcelona: Destino.
- Eco, U. (1981). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- Fabri, P. (1973). Le comunicazioni di massa in Italia: resguardo semiotico e malochio de la sociologia. En *Versus*, 5.
- Golding, P. & Ferguson, M. (1998). *Economía política y estudios culturales*. Barcelona: Bosch.
- Gruzinski, S. (1994). *La guerra de las imágenes. De Cristobal Colón a Blade Runner*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hall, S. (1981). La cultura, los medios de comunicación: "el efecto ideológico". En J. Curran, M. Gurevitch, y J. Woollacot (Eds.), *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hall, S. (1984). Estudios culturales: dos paradigmas. En *Hueso Húmero*, 19.
- Hall, S. (2003). *Da Diáspora: identidades e mediações culturais*. Belo Horizonte: UFMG.
- Haraway, D. J. (1991). Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo xx. En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvencción de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Heidegger, M. (1997). *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Jakobson, R. (1963). Linguistique et theorie de la communication. En *Essais de linguistique général*. Paris: Editions de Minuit.
- Leroi-Gourhan, A. (1989). *El medio y la técnica*. Madrid: Taurus.
- Levin, M. (1993). *Modernity and hegemony of vision*. Berkeley: University of California.
- Lévy, P. (1990). *Les technologies de l'intelligence*. Paris: La Découverte.
- Lévy, P. (1997). *Ciberculture*. Paris: Odile Jacob.
- Lévy, P. (1998). *Qu' est-ce que le virtuel?* Paris: La Découverte.
- Lotman, I. (1979). El mecanismo semiótico de la cultura. En *Semiótica de la cultura*, Madrid: Cátedra.
- Lyotard, J.F. (1987). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Martín Serrano, M. (1974). Nuevos métodos para la investigación de la estructura y la dinámica de la enculturación. En *Revista española de la opinión pública*, 37.
- Martín Serrano, M. (1977). *La mediación social*. Madrid: Akal.
- Martín Serrano, M. (1981). Dialéctica acción-comunicación. En Manuel Martín Serrano, (comp.), *Teoría de la comunicación*. Madrid: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

- Martín Serrano, M. (1986). *La producción social de la comunicación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martín Serrano, Manuel, Piñuel, J. L., Gracia, J. & Arias, M. A. (1982). *Teoría de la comunicación* (Vol. 1) *Epistemología y análisis de la referencia*. Madrid: A. Corazón.
- Martín-Barbero, J. (1987a). *De los medios a las mediaciones*. México: Gili.
- Martín-Barbero, J. (1987b). La telenovela en Colombia: televisión, melodrama y vida cotidiana. En *Dialogos*, 1, 44-60.
- Mattelart, A. & Mattelart, M. (1986). *Penser les médias*. Paris: La Découverte.
- Mattelart, A., Mattelart, M. & Delcourt, X. (1983). *La culture contre la démocratie*. Paris: La Découverte.
- Mattelart, A. & Stourdzé, Y. (1982). *Technologie, culture et communication: rapport remis à Jean-Pierre Chevènement, ministre d'Etat, ministre de la Recherche et de l'Industrie*. Paris: La Documentation Française.
- Murdock, G. & Golding, P. (1983). Las transmisiones y la diversidad cultural. En Giuseppe Richeri, *La televisión: entre servicio público y negocio*. Barcelona: Gili.
- Murdock, G. & Golding, P. (1985a). Ideología y medios masivos: la cuestión de la determinación. En: *Cuadernos del Ticom*, 33.
- Murdock, G. & Golding, P. (1985b). Teorías de comunicación y teorías de la sociedad. En *Cuadernos del Ticom*, 33.
- Murdock, G. & Golding, P. (1981). Capitalismo, comunicaciones y relaciones de clase. En J. Curran, M. Gurevich & J. Woollacot (Eds.), *Sociedad y comunicación de masa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nora, S. & Minc, A. (1981). *La Informatización de la Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Renaud, A. (1995). L'image: de l'économie informationnelle a la pensée visuelle. En *Rezeaux*, 74.
- Rositi, F. & Artal, C. (1980). *Historia y teoría de la cultura de masas*. Barcelona: Gili.
- Santos, M. (2004). *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Shannon, C. E. (1981). Una teoría matemática de la comunicación. En *Teoría matemática de la comunicación*, Santiago Montes (comp.). (pp. 43-151) Madrid: Forja. (Trabajo original publicado en 1948).
- Sloterdijk, P. *El hombre operable*, Última consulta: 2007, [http://www.petersloterdijk.net/international/texts/es\\_texts/es\\_texts\\_hombre%20operable.html](http://www.petersloterdijk.net/international/texts/es_texts/es_texts_hombre%20operable.html).
- Stiegler, B. (2001). La question du mal-etre. En *La technique et le temps*, Vol. 3. Paris: Galilée.
- Touraine, A. (1969). *La société post-industrielle*. Paris: Denoel.
- Veron, E. (1978). Semiosis de l'ideologie et du pouvoir. En *Communications*, 28, 7-21.
- Villafañe, J., Bustamante, E. & Prado, E. (1987). *Fabricar noticia. Las rutinas periodísticas en radio y televisión*. Barcelona: Mitre.
- Virilio, P. (1984). *La máquina de visión*. Madrid: Cátedra.

[32]

- Williams, R. (1976). *Culture and society, 1780-1950*. Londres y Nueva York: Columbia University Press.
- Williams, R. (1980a). Teoría cultural. En *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península.
- Williams, R. (1980b). *The long revolution*. Londres y Nueva York: Columbia University Press.
- Williams, R. (1982a). Las comunicaciones como ciencia cultural. En C. Bigsby, *Examen de la cultura popular*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Williams, R. (1982b). *Cultura: sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.
- Wolf, M. (1985). *Teorie delle comunicazioni di massa*. Milán: Bompiani.
- Wolf, M., Casetti, F. & Lumbelli, L. (1980). Indagine su alcune regole di género televisivo. En *Ricerche sulla comunicazione*, 2-3.
- Wolf, M., Prat, J., Rizza, N. & Violi, P. (1983). *La ripresa diretta*. Roma: Publicaciones de la RAI.